

PRIMAVERA DEL '50

*Octavio Pereira**

Un día llegué del colegio a casa y me encontré con un lío bárbaro. Mi mamá había discutido con mi papá por algo de mi hermana Rosa. Nosotros somos 6 hijos: Rosa la mayor de 21, Matilde de 19, Ángeles de 16, yo Enrique de 14, Néstor y Fabio de 10 y 8 años respectivamente.

Vivimos en una casa de altos en la Aguada, papá tiene una barraca de lanas, trabaja mucho y llega tarde a casa, siempre cansado. Es bueno pero a veces es muy severo, se enoja mucho. Por ejemplo, una vez había unos tipos borrachos haciendo ruido en la vereda de casa y papá salió con un Smith Wesson que tiene bien escondido –no sé donde– y los amenazó que si no se iban los iba a correr a balazos y los tipos se fueron.

Bueno, como decía, llegué a casa y mi mamá y Rosa estaban llorando porque papá se había enojado mucho con ellas. No era para menos. Resulta que Rosa había conocido a un tipo de 29 –mayor que ella– y pasaba horas conversando con él. Se veía que estaba muy enamorada y papá estaba muy disgustado porque mi mamá defendía a Rosa y no se oponía a que se conocieran.

Un buen día este Wilfredo le pidió a mi papá para visitar a Rosa en casa. Como el tipo era educado y tenía plata papá lo dejó “hacer zaguán” y salir siempre acompañado con alguna de mis hermanas.

Wilfredo tenía un puesto en un banco y todo el sueldo se lo echaba encima, la mejor ropa, la colonia y además tenía un colachata descapotable que era la envidia de todos.

A papá no le gustaba mucho pero Wilfredo le hablaba del mundial de Maracaná y papá terminaba entusiasmado comentando la jugada increíble o el penal que no cobraron, etcétera.

Wilfredo además era muy comprador y le traía regalos a Rosa y a mamá así que tenía a las mujeres de la casa de su lado. Yo con Néstor y Fabio....nada, no lo tragábamos porque era muy compadrito y además nos ignoraba como si “fuéramos hijos del vidriero”.

Nunca nos llevaba en el auto a ningún lado y siempre que salían mis hermanas volvían refregándonos los churros que habían comido o el paquete de ZuZu que Wilfredo les había comprado en el Parque Rodó.

Un día se ve que quiso congeniar conmigo así que me dijo:

–Enrique ¿quierés venir con nosotros a Maroñas?
–Bueno –dije no muy contento por dejarme comprar con esa invitación.
–Pero volvemos antes de la noche ¿no? –pregunté como para ponerle condiciones.

–Si, claro m’hijo –dijo mirando con agrado el peinado que llevaba Rosa.

El hipódromo era un lugar nuevo para mí, nunca me imaginé que allí donde había tantos animales, fardos de pasto y bostas de caballo pudiera haber tanta gente pituca, mujeres de sombrero y ambiente de fiesta. Pero bueno, la gente se entusiasmaba y yo también al ver cómo corrían y llegaban sudorosos los caballos al disco con los gritos del público.

Estábamos en el palco y yo bajé para ver más de cerca al jockey y al caballo que había elegido –en mi mente– como el favorito. En ese momento se me ocurrió mirar para un lado, lejos del palco y vi a Wilfredo besando a otra mujer, bastante mayor que mi hermana. Me dio una rabia....

Volvimos de Maroñas tarde, casi de noche y yo sin dirigirle la palabra a nadie.
Cuando llegamos a casa le dije a mi hermana:

–Rosa, Wilfredo te miente, yo lo vi besándose con una mujer mayor que vos en Maroñas.

–¡Qué sabés vos, si estuvo siempre conmigo! Además vos le tenés mala idea porque tiene plata.

Me fui humillado a mi cuarto y juré no hablarle más al muy idiota.

Pasaron varias semanas y Wilfredo seguía viniendo siempre con bombones o con flores y salía con Rosa acompañada de Matilde o de Ángeles.

Una vez se fueron a pasar el día a la Barra del Río Santa Lucía. Ángeles llevó una caña de pescar y se quedó en el muelle mientras Wilfredo invitó a Rosa a pasear en bote hasta la isla. Estuvieron toda la tarde juntos en la isla. Todo eso lo supe después que Ángeles me lo contó.

Pasaron muchas semanas y yo noté que Wilfredo venía cada vez menos a casa, a lo último apenas llamaba por teléfono y empecé a ver que Rosa estaba mal, se enojaba por cualquier cosa o se ponía callada y pasaba ratos mirando por la ventana...

Un día, Rosa le pidió a Matilde que la acompañara hasta la casa de Wilfredo que vivía cerca del Parque Hotel. Se tomaron un ómnibus y cuando estaban a media cuadra ven salir de la casa a Wilfredo con una rubia. Por lo que supe después, los dos se trenzaron en muchos besos por largo rato mientras Matilde trataba de tranquilizar a Rosa que estaba echa una brasa de enojo y amargura.

–El muy cretino me engañó, me engañó...

–Pero Rosa no te hagas mala sangre, ahora sabés que él no vale la pena...

–Si pero el cretino me engañó Matilde, me engañó, me hizo promesas y no sabés lo que pasó...

Matilde la miró fijo mientras Rosa avergonzada miraba para un costado.
Matilde no se animó a preguntarle nada más.

Al día siguiente Rosa habló mucho por teléfono con Wilfredo, le dijo que quería terminar con él y devolverle sus regalos. Él le dijo que se los quedara pero ella insistió que no usaría la chaqueta que él le había regalado y que prefería se la quedara Marina la hermana de Wilfredo, así que le pidió que la pasara a buscar y así podrían despedirse. Él no pudo negarse.

Dicho y hecho, la mañana del sábado, Wilfredo hizo sonar la bocina de su colachata rojo en la puerta de casa, nosotros mirábamos desde la ventana del cuarto, en la habitación de al lado, Rosa juntaba las cosas que le entregaría.

Bajó las escaleras, abrió la puerta y caminó hasta el auto.

Wilfredo se bajo tímidamente como para pedir disculpas –no lo sé–, o para despedirse no más, Rosa se acercó le extendió la chaqueta y en ese momento sonó un disparo, Wilfredo se llevó una mano al pecho, miró la sangre en su mano, miró a Rosa y cayó muerto ahí mismo. La chaqueta también cayó al piso y Rosa... Rosa temblando sostenía el Smith Wesson de papá.

**Uruguayo, escritor, licenciado en Geología y consultor de empresas.*